

La guerra de Irán, sin final a la vista



**Prof. Dr. Dr. h.c.
Lars P. Feld**

Universidad de
Friburgo y Walter
Eucken Institute

la pandemia, estos efectos siguen siendo difíciles de cuantificar. Aun así, al igual que durante la crisis del COVID-19, no conviene dejarse llevar por el catastrofismo. La guerra de Irán plantea un grave shock de oferta que la economía mundial tendrá que gestionar. En este contexto, sería un error aplicar una política económica y fiscal centrada en estimular la demanda cuando, más bien, lo que hace falta es reforzar la oferta. Como Alemania arrastra desde hace tiempo problemas estructurales en este ámbito, el gobierno federal debe intensificar las reformas.

Esto implica, ante todo, no tomar decisiones equivocadas. En la medida de lo posible, debería dejarse que el sistema absorba los efectos de precios en los mercados energéticos, de forma que la escasez fomente un ajuste del consumo. Si este ajuste no se produce por la vía de los precios, habría que recurrir al racionamiento. Por eso no es buena idea topar los precios, reducir temporalmente los impuestos a la energía (como el impuesto sobre hidrocarburos) o bajar el IVA del combustible. Y lo mismo con otras intervenciones, como los descuentos en el transporte ferroviario. Desde el punto de vista fiscal, solo sería justificable una reducción permanente del impuesto sobre la electricidad para todos los consumidores, en línea con el acuerdo de coalición, que ya prevé reducirlo al mínimo europeo. Este impuesto grava la electricidad con independencia de su origen, incluso cuando procede de fuentes renovables, por lo que ha perdido su justificación medioambiental. Además, se ha convertido en una carga burocrática, ya que solo se ha reducido para el sector manufacturero, obligando a las empresas a desglosar el consumo eléctrico imputable a producción y a servicios. ¡Bienvenidos al país que presume de reducir la burocracia!

Pese al alto el fuego temporal, la guerra de Irán aún no ha terminado. Esta situación ha dado pie a especulaciones sobre sus efectos económicos, que plantean escenarios casi apocalípticos. Sin embargo, las apreciaciones realizadas cuando empezó el conflicto siguen siendo válidas.

Un aumento del precio del petróleo del 10% eleva la inflación en los países occidentales en aproximadamente 0,4 puntos porcentuales en primera ronda, con efectos de segunda ronda en los años siguientes. Y cada 10 dólares de subida del precio del barril de crudo reduce el crecimiento económico en 0,1 puntos porcentuales. Teniendo esto en cuenta, la UE prevé que el PIB real de la región crecerá solo un 0,6% este año, la mitad de lo estimado en otoño. En Alemania, la inflación podría alcanzar el 2,8%, es decir, 0,7 puntos porcentuales más que en la previsión anterior.

Existe una elevada incertidumbre sobre los posibles efectos más allá de los precios de la energía. El suministro de fertilizantes se ha visto gravemente afectado por el bloqueo del estrecho de Ormuz. Como consecuencia, los precios de los alimentos podrían aumentar de forma significativa, no solo porque la producción de alimentos es intensa en energía, sino, también, porque las cosechas podrían ser más escasas. Aunque ahora los países industrializados de Occidente dependen menos de las materias primas energéticas que en las dos crisis del petróleo anteriores, no se puede decir lo mismo de las economías menos desarrolladas. Sin embargo, los impactos negativos en la producción de estos países pueden ocasionar interrupciones en las cadenas de suministro mundiales. Pese a la experiencia de

Tampoco sería adecuado en este contexto aplicar un impuesto especial sobre los beneficios extraordinarios. Distinguir entre beneficios ordinarios y extraordinarios supone otra complejidad burocrática. En la práctica, estos beneficios suelen darse en situaciones de poder de mercado, pero el derecho de la competencia no se basa, con acierto, en el nivel de beneficios, sino en factores como la cuota de mercado. El gobierno alemán ya ha respondido en este sentido y no es necesario ir más allá. Un impuesto de este tipo añadiría presión fiscal para las empresas más vulnerables a cualquier subida de impuestos.

Algo similar ocurre con el IVA. Ante el potencial aumento de precio de los alimentos, algunas voces proponen reducir su tipo al 0% y compensarlo con la subida del tipo general, de dos o tres puntos, que se viene barajando por distintos motivos. Ambas medidas deberían evitarse, aunque solo sea porque la diferenciación de tipos hace que el IVA no recaiga únicamente sobre el consumo, sino también sobre las empresas.

La metáfora futbolística utilizada por Olaf Scholz («You'll never walk alone») no es acertada; aquí se impone más bien la lógica de Taylor Swift: «You are on your own, kid».

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'Lars P. Feld'.

Prof. Dr. Dr. h.c. Lars P. Feld